José Miguel Merino de Cáceres

LOS ARQUITECTOS DE SEGOVIA

Discurso de ingreso en la Academia de Historia y Arte de San Quirce, leído por su autor, en la sesión pública celebrada el día 30 de octubre de 1987, y contestación del académico numerario don J. Antonio Ruiz Hernando

AGRADECIMIENTO

Señores Académicos:

Nunca como hoy he lamentado carecer de dotes oratorias para daros como me gustaría las gracias, por la generosa consideración con que hace unos meses me dispensasteis, al admitirme en el seno de esta Academia. Al llamarme a compartir vuestras tareas cotidianas, sobrevalorando el límite de mis merecimientos como estudioso del arte y la arquitectura, sentí una profunda gratitud hacia vosotros por esta alta e inmerecida distinción; agradecimiento que en este acto entrañable deseo proclamar cordialmente con el deseo de que sea aceptado, no a título de obligada cortesía protocolaria, sino como verdadero testimonio de unos sentimientos expresados con la mayor sinceridad.

Pero si entonces pensé, con natural entusiasmo, cuán grato sería el pasar a ocupar un sitio entre vosotros, llegado el momento de traspasar estos umbrales, la situación se me hace ciertamente embarazosa. Soy consciente de mis limitadas condiciones y temo que mi escasa capacidad me impida realizar las tareas académicas con la precisión y brillantez que caracterizaron a mi predecesor en la medalla, nuestro querido amigo Mariano Grau.

Puedo decir que conocí a Mariano desde que nací; fui convecino suyo de colación casi cuarenta y cinco años, y desde mis deciséis me honré con su amistad. Mi primer contacto con él fue en 1958, con motivo de la catorcena de San Andrés, nuestra parroquia, en que hicimos una representación popular de su obra «Milagro en la Sinagoga». Mariano, además de la dirección escénica, interpretaba el papel de Don Mayr, en tanto que yo actuaba poco más que de figurante. Allí participaron también Carlos Muñoz, Francisco Lorenzo, José Luis Vidaechea y otros que olvido, y ni que decir tiene que con gran éxito de

público y crítica. De aquello hace casi treinta años, y, desde entonces, su trato frecuente fue para mí fuente inagotable de enseñanzas y conocimientos; su memoria, su excelente memoria, era incansable caudal de datos, anécdotas y vivencias. Al final de su vida le fue abandonando: «No me acuerdo de nada», solía repetir pesaroso en las tertulias de «la Concepción», su postrero refugio. La última vez que hablé con él, poco antes de su muerte, fue precisamente allí, en «la Concha», mientras contemplábamos los trabajos de reposición del chapitel de San Miguel; con singular precisión me fue relatando el incendio de la iglesia, ocurrido en 1921, y del que fue testigo presencial: el inicio del fuego, en la calle Real, y su sorprendente paso a la torre de San Miguel; la llegada de los bomberos de Madrid; la cava de la balsa que hubo de hacerse frente al Toledano, para almacenar agua con que alimentar las bombas..., todo con envidiable precisión, a pesar de su pérdida de memoria.

Mariano Grau nació en Madrid en 1902, hijo y nieto de canteros sepulvedados que habían trabajado en el Alcázar segoviano, en las obras de restauración tras el incendio. Huérfano de padre y contando tan sólo tres años de edad, llega a Segovia en la Navidad de 1905 para vivir con su abuelo, a la sazón cochero del obispo, por lo que sus primeros años de residencia en nuestra ciudad lo fueron en el palacio episcopal. Ya no abandonaría Segovia, salvo su breve permanencia en la guerra de Africa, ocupando con su familia, madre y hermana, una vivienda en la casa de Mompín desde 1912; allí, en la misma casa, aunque en otra vivienda, le llegaría su última hora hace poco más de un año.

Tuvo una vida sencilla, dedicada al trabajo y a la familia. Hombre fundamentalmente bueno, sirvió a Segovia con ejemplar dedicación durante cuarenta y siete años, desde su puesto en el Ayuntamiento. Fue amigo y contertulio de las principales figuras de nuestra Generación del 27 y su último superviviente. Fue profesor de la Universidad Popular Segoviana desde 1934, y, desde varios años antes de su muerte, secretario de esta Academia de San Quirce. Era correspondiente de la Real de la

Historia y Medalla de Plata de la ciudad, amén de Cronista Oficial de Segovia, entre otras muchas distinciones.

La obra escrita de Mariano es fundamental en la literatura y la historiografía segovianas de nuestro siglo, ello es bien sabido, y sería ocioso que yo pretendiera incidir sobre algo que vosotros pusisteis de manifiesto, con ocasión de la sesión necrológica que, no hace mucho, le dedicasteis. Grau ha sido una figura relevante en la intelectualidad de la Segovia contemporánea y su vacío será difícilmente llenado en la vida de esta Academia.

Por último, y aun desviándome de las pautas del protocolo, quiero finalizar este exordio dedicando un recuerdo emocionado al Marqués de Lozoya, pilar fundamental de esta institución y maestro de tantas promociones de historiadores; su figura, tan querida para mí, se acrecienta hoy todavía más y me acompaña, como me acompaña también el recuerdo de mi querido padre, asiduo asistente a los actos de San Quirce. Son las dos personas que más echo en falta en este momento.

LOS ARQUITECTOS DE SEGOVIA

He elegido como tema para la lectura de ingreso en esta Academia el de los arquitectos segovianos, entendiendo por tales tanto a los que lo fueron por razón de ascendencia y nacimiento, como los que —por vinculación profesional— tuvieron una influencia sustancial en la configuración del paisaje urbano de nuestra ciudad; considero que el tema, aun dentro de mi limitada capacidad, puede ser de interés para los aquí presentes, y aunque sin realizar un exhaustivo estudio sobre quienes diseñaron y construyeron Segovia a lo largo de los siglos, sí pretendo aportar mi modesta colaboración en el conocimiento de su conformación arquitectónica. Mi doble vertiente de historiador y profesional de la arquitectura, parecía imponerme un tema de esta índole, sobre el cual, ciertamente,

no abundan los trabajos y publicaciones; la reciente iniciativa del Colegio de Arquitectos de Segovia de abordar la publicación de una serie de monografías sobre los arquitectos segovianos, merece el aplauso y apoyo entusiasta de esta Academia.

Decía hace un momento que no pretendo en esta breve exposición hacer un estudio en profundidad sobre los arquitectos de nuestra ciudad, ni en cuanto al catálogo de los mismos, ni en tanto a su actividad constructiva; la empresa superaría en todos los aspectos mi modesta intervención, y las limitaciones que Cronos nos fija reducirían ésta a una aburrida relación de fechas y citas. y aun así no estarían todos, y si tal pretendiese, difícilmente llegaría en alguna ocasión a pronunciar mi lección de ingreso en este Centro.

Segovia es en gran medida, al igual que tantas otras de nuestra geografía, una ciudad de arquitectos anónimos; de modestos y desconocidos artesanos que, a lo largo de la Historia, la han diseñado y configurado: la esporádica aparición de artistas conocidos se nos antoja a veces como anecdótica. De más de la mitad de los edificios de carácter monumental desconocemos su autoría, y del resto, de los que completan el sencillo caserío, apenas el diez por ciento tiene filiación precisa; ya el más relevante y representativo de todos ellos, el Acueducto, nuestra emblemática puente, carece de autor conocido .Este Vitruvius Segoviensis cuya efigie idealizara Barral en la imagen de Blas Zambrano, posiblemente nunca figurará en la nómina de arquitectos segovianos, ni poseerá una calle con su nombre, como la casi mayoría de los hijos ilustres de la ciudad, una calle que bien pudiera denominarse, en último término, «calle del arquitecto del Acueducto».

La Edad Media tampoco es generosa a la hora de legarnos los nombres de los autores de sus construcciones, no ciertamente escasas: más de treinta iglesias y lugares de culto con noticia o constancia, aparte de numerosas edificaciones civiles y militares, y ni un solo nombre; ni una sola referencia documental sobre constructores, maestros o tracistas. Casi quince

siglos de arquitectura local sin un solo dato onomástico. Cierto es que la generalidad de nuestras construcciones medievales carece de la relevancia monumental para que el nombre de sus artífices fuese mencionado en algún documento o crónica del momento; la gran mayoría de ellos no fue sino obra de caudrillas trashumantes, cuando no de modestos artesanos locales, que repetían hasta la saciedad modelos preestablecidos por algún maestro ilustrado, al tiempo que, con libertad y fortuna varias, interpretaban las grandilocuentes exigencias de un clérigo instruido o de un pretencioso noble de nuevo cuño y abultada bolsa. Pero no es menos cierto que otras obras, no tan numerosas, bien pudieron haber merecido la atención de cronistas y cronicones, legándonos así memoria de sus artífices, y pensemos aquí, como muestra, en el singular ejemplar que es la torre de la iglesia de San Esteban, cuya excepcionalidad dentro del arte románico queda al margen de toda cuestión. ¡Cuán injusta ha sido frecuentemente la Historia para con los artistas!

Por singular casualidad, el único edificio románico de la ciudad cuya autoría nos es conocida es precisamente el que ahora nos cobija, al tiempo que su artífice, el «maestro León», es el «arquitecto» segoviano más antiguo de quien se tiene memoria. Este LEO o LEON tuvo la feliz iniciativa de firmar su obra en la portada de ingreso a la torre (portada hoy día modificada en su emplazamiento original), al igual que, seguramente, otros maestros hicieran lo propio en las suyas, en inscripciones hoy día perdidas u ocultas por adiciones posteriores.

Hasta bien entrado el siglo XV no encontramos referencia de ningún otro arquitecto segoviano; se trata aquí del moro Abderramán, quien, según nos ilustra don Juan Agustín Cean-Bermúdez en sus adiciones a la obra de Llaguno, entre 1433 y 1440 construyó la capilla mayor de la cartuja segoviana de El Paular, en unión del maestro Gabriel Gali, carpintero, y del cantero Juan García, ambos también de Segovia. Moro es igualmente el maestro Xadel Alcalde, a quien durante el reinado de

Enrique IV encontramos trabajando en el monasterio del Parral, y muy principalmente en el Alcázar. Numerosos debieron ser en esta época los moros y moriscos que en nuestra tierra se dedicaron a la construcción, como numerosas son las muestras que de su quehacer constructivo y decorativo nos han legado, aun cuando en contadísimas ocasiones su actividad mereciese una reseña documental.

Mediada la centuria, y ya con una frecuencia que se irá incrementando con el transcurso de los años, veremos aparecer en determinado tipo de documentos, principalmente en contratos de obra y cartas de pago, pero también en otros de carácter genérico o registral, referencias a tracistas, maestros, canteros, entalladores, carpinteros, albañiles, etc., siendo frecuente la aparición de un mismo nombre bajo distintas cualificaciones artesanales. El grado máximo que nos aparece es el de «maestro en carpintería y albañilería» con el que son denominados los grandes artífices del gótico tardío y aun el plateresco; el título de arquitecto no aparecerá en nuestra ciudad hasta finales del siglo XVI, y tan sólo referido a los maestros reales. Sabido es que el ARQUITECTO, en la acepción moderna de la palabra, es un producto del humanismo, surgido al irse deslindando los campos teórico y práctico de la construcción, delimitación antes inexistente. El título de arquitecto viene de Italia, y en principio sólo se da a los tratadistas teóricos; así es Francisco de Villalpando, en su traducción del tratado de Serlio, el primero en España en titularse arquitecto. Ya con anterioridad, en 1526, Diego de Sagredo en su libro *Medidas del Romano*, había explicado claramente el significado que entonces se daba a la denominación de arquitecto, como ordenador del edificio, y cómo, en este sentido, se le incluía en el ámbito de las artes liberales, rescatándolo de la esfera de las artes manuales. En 1537, y aún sin utilizar la denominación de arquitecto, Felipe II establece el sistema operativo para las obras reales, deslindando claramente diseño y ejecución, y sistematizando un mecanismo administrativo que, sin apenas modificaciones, ha prevalecido hasta nuestros días en el proceso de ejecución de las obras de la Administración. Al primero que

Felipe II llama «mi arquitecto» y «arquitecto real» es a Juan Bautista de Toledo, posiblemente debido, tanto a su formación italiana, como para revestirlo de autoridad frente a los intrigantes monjes jerónimos y siendo a partir de entonces cuando se generaliza el uso del título.

En este sentido, y como veremos más adelante, el primer arquitecto segoviano, en el concepto moderno de la palabra y aun cuando nunca aparezca así titulado en los documentos, debe ser considerado Rodrigo Gil de Hontañón, mostrando ya claramente deslindadas en su quehacer profesional la labor proyectual de la constructiva.

Dentro del proceso constructivo de nuestra ciudad podemos considerar cinco etapas suficientemente claras y diferenciadas, que engloban espacios de tiempo homogéneos en la configuración del paisaje urbano segoviano: la Prehistoria; la Protohistórica, que comprende los períodos románico y mudéjar; la Edad de Oro o de mayor esplendor, que incluye el último gótico y el renacimiento; la etapa del Declive, que abarca el barroco pleno y el neoclasicismo; y finalmente la de la Destrucción, que inaugurada a mediados del siglo pasado se ha prolongado hasta nuestros días.

La primera etapa, o PREHISTORICA, arquitectónicamente hablando, abarca desde los oscuros orígenes de la ciudad hasta su repoblación, en fecha no excesivamente precisa, por Alfonso VI y Raimundo de Borgoña; no incluye, aparte de la solitaria y excepcional fábrica del Acueducto, sino restos de modestas construcciones hoy día difícilmente reconocibles bajo adiciones posteriores y de las que son claro ejemplo el núcleo central de la iglesia de San Martín y el sencillo campanario de la de San Millán, posiblemente estructuras ambas ya mozárabes del siglo x.

La segunda etapa, quizás la más característica y homogénea de nuestra historia arquitectónica, es la que llamaremos PROTOHISTORIA. Coincide básicamente con el período del romá-

nico, arte con el cual la ciudad se identifica y bajo cuya forma de construir y decorar se configura. El románico tiene aquí una proyección mayor que en ninguna otra ciudad europea y su perdurabilidad estilística raya en la insolencia con su resistencia a verse suplantado por el gótico y aun a veces por el mudéjar. Es entonces cuando el peñón rocoso se ciñe de murallas, cuando se conforman sus calles y plazuelas, al tiempo que se levantan sus iglesias, casas y cercas... Es una época de gran actividad constructiva, una larga época en la que maestros y alarifes reiterarán desenfadadamente modelos autóctonos o foráneos, en versiones siempre nuevas y originales, dentro del irritante anonimato en que la historia ha querido envolverles.

El románico en Segovia se sucede a sí mismo, se prolonga sobre el gótico imperante en otras latitudes, y sólo cuando éste comienza a declinar y a verse regelado ante el ímpetu arrollador del vendaval renacentista, entonces es tan sólo cuando en nuestra ciudad tiene lugar la floración del gótico.

Con la irrupción lenta y tardía del gótico, las más de las veces tintado de mudejarismo, la arquitectura segoviana inicia su período histórico; las referencias documentales sobre maestros, promovedores y mecenas, comienzan a menudear, y al poco nuestra ciudad va a vivir su EDAD DE ORO, la etapa más brillante desde el punto de vista cultural y arquitectónico. Durante siglo y medio Segovia va a disfrutar de una actividad edificatoria como no ha conocido con anterioridad ni volverá a conocer hasta ya avanzada nuestra centuria; es una etapa que, de forma no ciertamente casual, coincide con el momento del gran desarrollo económico de la ciudad y su comunidad, y que en lo arquitectónico va a estar marcada por la presencia sucesiva de los tres mayores arquitectos que Segovia ha tenido: Juan Guas, Rodrigo Gil y Pedro de Brizuela.

Es posible que únicamente Brizuela naciese en nuestra ciudad, si bien Rodrigo lo hizo en la provincia; ambos murieron aquí, Guas en Toledo, pero con justeza los tres deben ser tenidos por arquitectos segovianos y en Segovia dejaron lo mejor de su quehacer artístico.

Juan Guas era flamenco de origen, francés de nacimiento, toledano por matrimonio y adopción, y durante más de veinte años segoviano de residencia. Entre 1472 y 1491 habita de forma prácticamente estable y continuada en nuestra ciudad, donde lleva a cabo una intensa labor constructiva, alrededor de la cual gira la actividad de los demás maestros segovianos del momento. Durante esos veinte años ostentó el título de «Maestro Mayor de la catedral de Segovia», y parece seguro que hasta su muerte, ocurrida en Toledo en 1495, siguió encargado de las obras del monasterio del Parral.

Su obra en Segovia, toda ella del máximo interés y calidad, fue objeto de un documentado estudio por el que fuera profesor de esta Universidad Popular, don Arturo Hernández Otero. En él, aparte de ilustrarnos sobre sus obras más conocidas, cuales fueron el claustro de la Catedral Vieja, el monasterio del Parral y el convento de la Santa Cruz, Hernández Otero nos reseña su intervención en la capilla de los del Campo en la iglesia de la Trinidad y la de los Herrera en la de San Martín; su actuación en el Alcázar concretamente en la torre de Juan II; y su posible autoría de la Casa de los Picos y la de los Tordesillas. A esta ya importante lista yo me atrevería a añadir como segura su participación en el convento de San Antonio el Real, donde, amén de la portada de la iglesia y la fachada principal, debió realizar el llamado patio de la Vicaría y el frustrado Panteón Real; igualmente en el convento de San Francisco, en el cubo de la Puerta de San Andrés, y en diversas casas de familias importantes de la ciudad, como la de los Rueda, la de Quintanar y la de Juan de Cáceres.

No voy a extenderme con el análisis de su obra, algo que precisaría de una lección completa; baste, por el momento, con esta relación de actuaciones, en la que he omitido voluntariamente toda referencia a sus obras desaparecidas, así como a las numerosas que realizó en tierras de la comunidad de Segovia, pero que quedan fuera de la ciudad. Sí quiero, sin embargo, resaltar la importancia de algunas de ellas, tanto en el panorama arquitectónico español del momento, como en lo

que de precursoras tuvieron para actuaciones posteriores en otros lugares de la geografía española. El llamado «estilo Reyes Católicos» se ensaya en Segovia, de la mano de Juan Gallego y muy principalmente de Juan Guas, y el monasterio de El Parral es el crisol donde se experimentan las soluciones espaciales y funcionales que van a definir y configurar tanto las iglesias conventuales como los complejos monásticos de finales del Medioevo y principios de la Edad Moderna. El Parral es, en este sentido, el principio de una cadena que va a tener su eslabón final en el monasterio de El Escorial.

En El Parral velan sus primeras armas arquitectónicas los maestros segovianos Pedro Polido y Juan de Ruesga, quienes años más tarde construirán en Valladolid uno de los edificios más singulares del siglo, el Colegio de Santa Cruz, proemio de lo romano en España, y en cuya erección veremos surgir la enigmática figura del segoviano Lorenzo Vázquez, uno de los inventores del renacimiento castellano.

De Juan Guas quiero referirme a una obra por la que tengo especial debilidad: la portada de la iglesia del convento de Santa Cruz. Una pequeña obra en la que está condensado todo el arte del maestro; ahí, en poco más de 50 metros cuadrados, están explicados cuarenta años de la arquitectura española: El Parral, El Paular, San Juan de los Reyes, San Gregorio, están ahí condensados; ahí están incoadas las fachadas retablo; y ahí está esa espléndida lección de heráldica repetida hasta la saciedad durante más de cien años.

El segundo «gran maestro» de nuestra Edad de Oro es Rodrigo Gil de Hontañón, un artista a caballo entre los mundos Gótico y Renacentista, al tiempo que un arquitecto con una versatilidad y una facundia como pocos poseyeron. A él le cupo la gloria de ser el artífice de la mayor empresa constructiva de nuestra ciudad: la erección de la catedral. Junto a su padre la diseñó, puso en andadura su fábrica y llegó al final de su larga vida con la obra casi concluida. Conocido es el largo número de maestros que tuvieron parte activa en la edificación de nues-

tro primer templo, pero con toda justeza debemos decir que la obra es primordialmente de Rodrigo. Sus proyectos, sus potentes y ajustadas trazas, fueron seguidos sin apenas variación por cuantos le suplieron o sucedieron en la dirección de las obras; tan sólo la pujanza del institucionalizado arte escurialense consiguió, levemente, modificar los diseños iniciales, y aún así, tan sólo en aquella parte que menos definida estaba en las trazas iniciales, cual fue el cerramiento del crucero y, por causas bien distintas, en el remate de la torre.

Si en su arquitectura de carácter religioso en Segovia, Rodrigo se nos muestra como un arquitecto básicamente gótico (algo que, aparte de en la catedral, se manifiesta en la iglesia de San Miguel, pero se escapa en la capilla del Hospital de la Misericordia), en sus obras de tipo civil nos encontramos con un maestro decididamente renacentista, y a él se deben los mejores ejemplares de este estilo en la ciudad: el palacio del Cardenal Espinosa y su hermano pobre, el inconcluso palacio del mayorazgo de Aguilar. Nos queda la duda sobre la autoría del palacio de los Salcedo, con su impresionante fachada italianizante, posiblemente no completada en su altura, y que si en lo decorativo se me antoja de la mano de Hontañón, por su configuración y estereotomía debemos situarlo en la onda de Lorenzo Vázquez de Segovia.

Rodrigo Gil nace en Rascafría, tierra de Segovia, siendo bautizado en la parroquia de San Andrés el 23 de febrero del año 1500; fueron sus padres Juan Gil de Hontañón, natural de Rasines, en la montaña, y Ana Sanz, a quien su apellido apunta una ascendencia segoviana. Tras un aprendizaje al lado de su padre, con el que colabora en diversas obras y trazas, a la muerte de éste y contando tan sólo veintiséis años de edad, se hace cargo de las obras de la catedral de Segovia, cuando apenas había transcurrido un año desde la colocación de la primera piedra.

Decía antes que Rodrigo colaboró junto a su padre en las trazas de la catedral, y aun cuando es aventurado el precisar

el protagonismo de cada uno de ellos en la idea, yo me inclino por una mayor autoría del hijo. El grafismo de los planos que de las primeras etapas se conservan, es presumiblemente de Rodrigo, con una marcada semejanza con el de los de la última fase que sabemos positivamente de su mano; por otra parte, anotaciones y acotaciones son ciertamente de Rodrigo, ya que, recordemos, Juan era analfabeto. En todo caso, Rodrigo se nos muestra como un mediocre dibujante, cual lo fue la mayoría de los arquitectos hasta bien entrado el siglo XVII, y al contemplar estas torpes trazas se nos hace difícil comprender cómo en base a ellas pudo realizarse esta maravilla estructural, máxime sin la continuada presencia del maestro a pie de obra; ello nos habla de la extraordinaria profesionalidad y pericia de canteros, entalladores y aparejadores, algo que, indudablemente, hoy se ha perdido.

Rodrigo Gil realizó la mayor parte de su obra fuera de los límites geográficos de Segovia, una extensa labor arquitectónica que recientemente ha despertado un inusitado interés por parte de historiadores y estudiosos. Paralelamente a la construcción de nuestra catedral, lleva a cabo la de Salamanca, también en sustitución de su padre, algo que va a redundar en indudable beneficio para la segoviana. En efecto, en la salmantina, al principio más adelantada en su fábrica, Rodrigo va a ensayar las soluciones tanto estructurales y constructivas, como de diseño, que luego aplicará en la nuestra. La catedral de Salamanca es, en este sentido, el ensayo general para la puesta en escena de ese prodigio técnico y estructural que es la de Segovia. Ciertamente es imposible encontrar a lo ancho y a lo largo de nuestra geografía un templo gótico tan bien construido como el nuestro; claro que, tampoco es menos cierto, que la catedral de Segovia, si bien fue construida en gótico, fue concebida en renacimiento. Y en esta catedral, posiblemente su obra maestra, quiso Rodrigo ser enterrado; así lo dispuso poco antes de su muerte, ocurrida en nuestra ciudad, contando setenta y siete años de edad, dejando sus bienes para obras de beneficencia, al carecer de herederos.

El tercero de los grandes maestros de la Edad de Oro de Segovia es Pedro de Brizuela, sin lugar a dudas el más segoviano de los tres y de cuantos otros se tiene memoria. Su actividad constructiva enlaza prácticamente con la de Rodrigo Gil de Hontañón, y con mayor o menor protagonismo, va a llenar cinco décadas de la historia de nuestra ciudad, en la cual va a realizar la casi totalidad de su quehacer arquitectónico.

Debió de nacer hacia 1555, ya que en un declaración prestada el 8 de noviembre de 1625, manifestó tener setenta años, poco más o menos; pero aun cuando le consideremos segoviano, su lugar preciso de nacimiento nos es desconocido. El linaje de este apellido es oriundo del lugar de Brizuela, perteneciente a la junta de Puentedey, en el partido judicial de Villarcayo, extendiéndose diversas ramas del mismo por Vizcaya, Toledo y Valencia, así como por Castilla y fundamentalmente por Soria, donde tuvieron casa muy principal en la villa de Berlanga de Duero. En la Real Chancillería de Valladolid hicieron información de hidalguía Juan y Hernando de Brizuela, vecinos de Maderuelo, en 1542 y 1567, respectivamente, y un Pedro de Brizuela vecino de Valtierra en Burgos, el año 1548, así como otro de igual nombre, vecino de Medina de Pomar, en 1554. La heráldica de nuestro Brizuela, que tuve la suerte de descubrir en el curso de unas obras en la casa que se suponía había habitado en la parroquia de San Esteban, nos indica claramente su pertenencia a la rama de Vizcaya, a la cual pertenecían los mencionados Brizuela de Maderuelo, por lo que no sería aventurado suponer al arquitecto descendiente de uno de ellos.

Las primeras noticias nos sitúan a Brizuela trabajando como carpintero en el Alcázar a las órdenes de Francisco de Mora, el cual realizó diversas obras durante su estancia en Segovia, entre 1587 y 1598, destacando las que llevó a cabo en la fortaleza y la construcción del Ingenio o Casa de la Moneda. Es posible que Brizuela tuviese su aprendizaje en El Escorial, su formación así parece apuntarlo; por otro lado, el hecho de que en 1589 el entonces aparejador de El Escorial García de Quesada asentara con Pedro a un hijo suyo, nos confirma esta

idea, así como que nuestro personaje era ya por entonces un maestro de cierto prestigio. Hasta su muerte, en 1632, es el único arquitecto con residencia estable en nuestra ciudad, trabajando tanto para el Municipio y el Obispado como para órdenes religiosas y particulares; todo ello representa una considerable producción artística, en la que se aprecia una progresiva reducción, claro exponente del declinar económico de la ciudad. Casó dos veces, con María Temporal primero y después con María de Losa, reduciéndose su descendia a una hija y un hijo, éste de nombre también Pedro, que fue cura de Escalona, perdiéndose así la línea directa de Brizuela en la ciudad. De carácter afable y apacible, humilde y modesto en el vivir, su trabajo no fue siempre recompensado adecuadamente, y a menudo le vemos suplicando del municipio, con escaso éxito, el abono de lo que hoy llamaríamos honorarios profesionales. Murió en nuestra ciudad a los sesenta y siete años, siendo enterrado en la iglesia de San Esteban, donde, según nos relata en su testamento, poseía sepultura propia, sepultura hoy día perdida.

En 1601 construye en Villacastín, con Francisco de Vega, la portada principal de la iglesia parroquial, templo cuya fábrica debemos en gran medida a Rodrigo Gil, siendo atribuible igualmente a Pedro la portada meridional. En 1608, y siendo ya maestro mayor de la catedral y veedor general de las obras del obispado, diseñó las trazas para la iglesia de Veganzones, que construiría a partir del año siguiente con los artífices trasmieranos Pedro de Sierra y Juan de Naveda; igualmente años más tarde llevaría a cabo la edificación de la iglesia de Zamarramala.

Tradicionalmente la obra más celebrada de Brizuela ha venido siendo la portada de San Frutos en la catedral, si bien este criterio debiera ser sometido a revisión tras conocerse certeramente la autoría suya en las cúpulas de la torre y el crucero, anteriormente atribuidas a Juan de Mugaruren; las dos magníficas cúpulas hermanas confirieron a este templo su perfil definitivo, y juntamente con la del cubillo de la calle de los Leones, conforman una trilogía progresiva, sin par en el clasicismo español. Aquí la fábrica segoviana fue por delante de la

salmantina y las trazas de Brizuela sirvieron de guía para los posteriores diseños de Pantaleón Setién en la catedral de la ciudad del Tormes.

Como arquitecto al servicio de las órdenes religiosas intervino en importantes reformas en los conventos de San Antonio y San Vicente, siendo posiblemente de su mano la iglesia del de Santo Domingo, al igual que las trazas de convento e iglesia de la Concepción Francisca, construido por el guerniqués Martín de Barrueta. Dentro de este apartado de arquitectura religiosa debemos contemplar igualmente su participación en la iglesia del convento de San Agustín, a partir de 1597, en las trazas de la desaparecida iglesia de San Roque, de 1599, y en las obras del Hospital de Covalecientes y del convento de San José, de 1601. En 1602 da las trazas para la iglesia del Hospital de Sancti Spiritus y al año siguiente se hace cargo de la dirección de obras del Colegio de la Compañía, según diseño de los foráneos Tolosa y Valeriani. Finalmente, a partir de 1610 actúa como maestro de obras del Santuario de la Fuencisla, según las trazas de Francisco de Mora, y en el que diseña, en 1617, la Hospedería, donde crea un tipo de galería en ladrllo que hará fortuna en nuestra ciudad.

A lo largo del primer tercio del siglo XVII trabajó también, de continuo, para el Concejo de la ciudad, tanto en tasaciones y visados como en trazas y direcciones de obra, conjunto que el propio arquitecto nos detalla en un memorial autógrafo que se conserva en el Archivo de Protocolos de nuestra ciudad. Así, en el mismo, hace mención de sus trabajos en la venta de la Fuenfría y en los puentes de Covatillas y Santo Domingo de Pirón; de las fuentes de Caño Seco y de Santa Coloma, y de las desaparecidas «carnecerías» del Patín y San Francisco. Las obras más importantes que realizó para el Concejo fueron el Palacio del Ayuntamiento y la Cárcel, siendo ésta posiblemente su última obra, ya que las trazas son de 1631. El Ayuntamiento se construyó de acuerdo con su segundo proyecto, de 1610, al igual que todo el frente de la Plaza que mira a Mediodía; las obras del palacio se terminaron en 1619, continuando durante bastantes años más las de los edificios colindantes.

Brizuela debe ser tenido, además, por el primer urbanista de la ciudad, y aun cuando su actividad en este campo sea escasa y quede reducida a la ordenación de la Plaza Mayor, la sistematización por él iniciada condicionó de forma decisiva el urbanismo posterior de Segovia, y muy principalmente el del siglo XIX. Concibió la Plaza —independientemente de las disputas entre Cabildo y Municipio— en el único sitio en que podía situarse, tanto por la configuración topográfica del terreno, como por la preexistencia de edificios tan singulares como la iglesia de San Miguel, el palacio del Cardenal Espinosa, o la misma catedral. La idea de la Plaza no era nueva —ya la reedificación de la iglesia de San Miguel se hizo pensando en la futura ordenación de un gran espacio abierto—, pero fue Brizuela quien la dio forma, dentro de un sentido escenográfico barroco, que, a la postre, sería desvirtuado por una ardua y larga gestión de desdichado final. Del proyecto inicial de Pedro de Brizuela sólo llegó a realizarse el frente Sur, el único que presenta una serena armonía no exenta de sumisión frente a la poderosa presencia del ábside catedralicio y al severo barroquismo del Ayuntamiento. Pero era un proyecto demasiado ambicioso para los vientos de austeridad que por entonces soplaban en nuestra tierra y aun en toda España, y el resultado no podía ser feliz, cual no lo fue el de obras promovidas por más altas instancias, como era el caso de la catedral de Valladolid.

Si Guas fue un artista a caballo entre lo mudéjar y lo gótico y Rodrigo Gil entre lo gótico y lo renacentista, Brizuela lo fué entre lo renacentistas y lo barroco. Si en las portadas de Villacastín o en el Hospital de Resfriados nos encontramos aún con un Brizuela renacentista, en la portada de San Frutos de la catedral se nos va a mostrar como manierista, y en el Ayuntamiento o en la Cárcel como decididamente barroco; pero siempre y en todos los momentos de su producción artística, será fundamentalmente viñolesco. A él se deberá la introducción de «lo romano» en nuestra ciudad, rompiendo de forma decidida con el trasnochado gótico, que, al igual que ocurriera con el románico, se había sucedido a sí mismo. Curioso atavismo éste

de la supervivencia de los modos y estilos arquitectónicos en esta tierra.

Con Pedro de Brizuela se cierra el capítulo más importante de la historia arquitectónica de Segovia; un capítulo que, escrito con letras de oro ha tenido una larga existencia de más de siglo y medio, y en que prácticamente se ha configurado la ciudad tal como hoy la conocemos. A partir de este momento nuestra historia arquitectónica se va a sumir en un prolongado letargo, del que no despertará hasta bien entrado el siglo XIX. Los escasos estímulos edificatorios se van a concentrar en la terminación de la catedral, de la mano de modestos arquitectos, los cuales, afortunadamente, nada de innovador incorporaron al templo. Los sucesivos maestros, primero Frutos Gutiérrez, Pedro de la Cuesta y Francisco de la Cotera, más tarde Francisco del Campo Agüero, y finalmente Francisco Viadero —(quien cerrará el crucero en 1686)—, se limitaron a seguir con sorprendente fidelidad las trazas de Rodrigo Gil y Pedro de Brizuela, sin inventar soluciones nuevas, algo realmente muy de agradecer; gracias a ello nuestro primer templo se completó dentro de una inusitada unidad estilística. ¡Admirable lección de humildad para tantos colegas míos que pretextando huir del »pastiche historicista» y ayunos de un auténtico talento creador, la copia de libros y revistas no les conduce sino al realmente nefasto «pastiche actualista», con el consiguiente desenlace de soluciones estridentes y «descontextualizadas».

El «Barroco Pleno» en nuestra ciudad es prácticamente inexistente, como lo será el Neoclasicismo. Las escasas actuaciones se reducen a reformas o pequeñas intervenciones sobre edificios existentes, principalmente de carácter religioso: dorados y pretenciosos retablos, no siempre afortunados y casi nunca oportunos, y remodelaciones de iglesias en aras de una mal entendida y paupérrimamente financiada moda arquitectónica. En suma, desdichadas reformas que, pretendiendo crear una arquitectura barroca en base a una configuración espacial medieval, no consiguieron sino un extraño híbrido, al tiempo que privar a nuestros templos de su prístina belleza.

Durante más de cien años en Segovia no hay arquitectos; y no hay arquitectos porque no hay nada que construir. Las escasas y esporádicas intervenciones arquitectónicas de esta etapa son obra de maestros foráneos, casi siempre de Madrid, que elaboran sus diseños en base a un arte institucionalizado y, las más de las veces, desconexo. El ejemplo más claro lo tenemos en el edificio de la «Casa de la Química» —en cualquier caso un espléndido edificio—, obra de Francisco de Sabatini, quien apenas en un par de ocasiones visitó Segovia.

Entre los escasos nombres de maestros podemos reseñar a Joseph del Vallejo y Vivanco, natural de Calahorra y vecino de Segovia, personalidad ligada tanto a las obras reales como al obispado, autor de diversas reformas de templos y torres, y fecundo artífice de retablos.

Vecino de Madrid, pero con fuerte vinculación con nuestra ciudad, es Juan de Ferreras, arquitecto entre dos centurias, y a quien, amén de su participación en la capilla de los Ayala-Bedganza en la catedral, debemos los arcos de triunfo de la Puerta de Madrid y de la Puerta de la Fuencisla, únicas muestras de la arquitectura suntuaria en este período. La arquitectura de carácter civil se completa con algunos palacios, como la Casa de la Tierra, la del marqués de la Floresta o la de Bernardo Ortega Lara, vecina ésta a nuestra Academia, sin que conozcamos el nombre de sus autores, posiblemente foráneos.

Dentro de este desierto arquitectónico, y cual solitario oasis, vemos aparecer la figura de Juan de la Torre López, según Antonio Ruiz, el mejor arquitecto de la Segovia del XVIII, cuya obra bien merecería un adecuado estudio. Era hijo del maestro Antonio de la Torre, autor de la iglesia de Bernardos, y su obra, dentro de un neoclasicismo particualmente austero, muestra una sorprendente calidad, máxime habida cuenta del no ciertamente alto nivel cultural de la Segovia del momento. Dentro de su escasa producción, que no podía ser de otro modo, destaca la escalinata del convento de Santa Cruz, la casa de don Ezequiel González en la calle de Ochoa Ondátegui y el

desdichado edificio de la Cárcel de Corona en la Canongía. Junto a la catedral —de la que fue Maestro Mayor y en la que hizo los laterales del coro, rematando la obra de Juan de Villanueva y Ventura Rodríguez—, junto a la catedral, decíamos, construyó dos espléndidos edificios siguiendo la línea marcada por Brizuela en la Hospedería de la Fuencisla: la casa de Riera, en la calle de Refitolería, y en la de Doctor Castelo la que albergó a los desaparecidos miembros de esta Academia Alfredo Marquerie y Mariano Grau. Y de su mano era también un edificio de gran prestancia en el barrio de San Marcos, inicua y gratuitamente demolido hace quince años por el arquitecto-propietario, sin que mediara siquiera intento de reutilización del solar, que aún continúa vacío.

Con el siglo XIX se inaugura la serie de arquitectos municipales, al principio denominados Fontaneros Mayores, más tarde Maestros de Arquitectura y a partir de 1859 ya Arquitectos. El primero de ellos es Isidro Pérez, de efímera permanencia en el cargo, sucediéndole Antonio Ortiz, que lo fue durante el primer cuarto de siglo, ostentando también a partir de 1803 el título de Profesor de Arquitectura del Ayuntamiento. En 1802 da las trazas para la construcción de la plaza de toros, promovida por la Sociedad Económica de Amigos del País, en base a un cargo real sobre el vino y el aguardiente, más una donación de mil pinos de Valsaín. En 1820 redacta los planos del cementerio, junto a la ermita del Santo Angel, que se construirá al año siguiente, y en el 22 traza el camino del cementerio desde el Azoguejo. Realizó además una importante labor de arreglo de calles y plazuelas, así como de reparaciones en la muralla, e inició igualmente la ordenación de la plaza de San Martín, que concluiría hacia 1852 José María Pérez.

A Ortiz de Zárate sucede, en 1826, Lorenzo Larravides, y a partir de enero de 1827 Juan José Alzaga, quien salvo una interinidad de Manuel Alvarez, permanecerá en el cargo hasta 1851. A Alzaga, nuestro último maestro neoclásico, debemos la reforma de la Casa de la Moneda, con su interesante portada, pero sobre todo un informe o «Memoria descriptiva del Puente Acue-

ducto de la Ciudad de Segovia», redactado en 1835, y que supone una pieza fundamental en el estudio de nuestro primer monumento.

Miguel de Arévalo es el primer arquitecto municipal con tal título, al tiempo que con él se inicia el período de DESTRUCCION en nuestra ciudad. El pretexto de la culminación del proceso ordenador de la Plaza Mayor fue el punto de partida de una larga serie de demoliciones y reformas en aras de una modernidad, las más de las veces mal entendida y peor valorada, y que a la larga supondría un grave quebranto para nuestro patrimonio arquitectónico. La fiebre demoledora y renovadora perdió virulencia en la década de los veinte, ya en nuestro siglo, para rebrotar con nuevos ímpetus tras la Guerra Civil, en la época del desarrollo, Hoy, afortunadamente, la enfermedad parece totalmente controlada.

El 25 de enero de 1859, Miguel de Arévalo propone en la sesión municipal la demolición de las iglesias de San Quirce, San Román, San Pablo y San Facundo, para con el producto de la venta de los materiales sufragar los gastos de redacción de un proyecto de terminación de la Plaza Mayor. San Román se demolería en 1866, San Pablo en 1881 y San Facundo en 1884; tan sólo se salvó la de San Quirce, gracias a haber pasado a manos privadas, destinada a almacén. Son víctimas de la piqueta igualmente los conventos de la Merced y de los Huertos, así como otro número importante de iglesias extramuros de la ciudad.

A Arévalo sucede José Asensio Verdaguer, a quien como única actuación debemos la ampliación del cementerio, en 1860, siendo sucedido a su vez por otro arquitecto de escasa producción, Ildefonso Vázquez de Zúñiga, quien realiza la reforma interior del Ayuntamiento, con motivo de la visita de Isabel II, y la colocación del inicuo reloj municipal. No mucho más larga ni fecunda es la actividad de Nicomedes Perier, el siguiente en la nómina, quien con la construcción de los soportales del tramo comprendido entre las calles de Cintería y Rehoyo mar-

caría la pauta para la continuación de la Plaza Mayor; desafortunada intervención que supuso una drástica ruptura con el ritmo marcado por Brizuela, roto una vez más años después con la edificación de la casa de Larios.

En 1870, y tras la renuncia de Perier, accede al cargo de arquitecto municipal Joaquín de Oriozola y Grimau, quien, en los cuarenta y tres años que ocupará el puesto, va a llevar a cabo en la ciudad una profunda transformación, la cual, si elogiable por tantos conceptos, no podemos por menos que lamentar, por lo que de lesiva tuvo para con nuestro patrimonio arquitectónico. No voy a extenderme en la enumeración y análisis de la amplia obra de Odriozola, algo que con mucha mayor autoridad que yo hizo mi colega de docencia el profesor Ruiz Hernando, precisamente en este mismo aula y con motivo de su ingreso en la Academia. Baste con decir que su discutida actuación siempre estuvo guiada por el deseo de «transformar Segovia en la ciudad moderna que la sociedad industrial había propugnado». Según Ruiz Hernando, «conocía el hierro y fue pionero en su aplicación. Actuaba con la lógica del momento que veía en las murallas de las viejas ciudades un freno a su desarrollo. Pensaba no en la ciudad monumental, como resultado de la integración de edificios notables y caserío, sino en monumentos aislados, dignos de ser contemplados en sí mismos y separados de su contexto, y ansiaba, como todos, el ferrocarril. La idea que le obsesionó fue la de acercar la Estación a la Plaza Mayor, y a ella sacrificó cualquier otra consideración. Sin embargo, no podemos juzgarle con el mismo rasero que lo hacemos hoy día, juicio reservado a aquellos arquitectos que muchos años después, sin su capacidad creadora, no avanzaron al ritmo que la historia y la cultura exigen y permanecieron anquilosados».

De Odriozola quiero reseñar una actividad, de la que fue pionero en nuestra tierra: la de la restauración monumental. Intervino en la del monasterio de El Parral y de la iglesia de San Miguel, pero su actuación más destacada en este campo fue la llevada a cabo en el Alcázar. Como es bien sabido, la

fortaleza había sufrido un pavoroso incendio en 1862 y a punto estuvo de desaparecer ante la propuesta de enajenación por parte de la Dirección General de Propiedades. Desde su puesto en la Comisión Provincial de Monumentos, Odriozola desarrolló una intensa gestión en pro de la recuperación del monumento, siendo encargado, junto con el arquitecto de la Diputación, Antonio Bermejo, del proyecto y obras de restauración. En 1882 se inicia la reconstrucción, quedando al poco sólo Bermejo al frente de las obras, tras su enfrentamiento con Odriozola con motivo de la demolición de la puerta de San Martín. Desgraciadamente, esta demolición no sería la única en la muralla, ya que vendría acompañada de la de los portillos del Sol y de la Luna en 1883 y de la puerta de San Juan en 1886, así como del cegado de los postigos Picado y de San Juan por estas mismas fechas.

En cualquier caso, la restauración del Alcázar es una obra maestra en la especialidad, máxime en una época en que no existía doctrina al respecto y en la que ya se había perdido buena parte de la tradición artesanal y constructiva. El Alcázar fue restaurado «a sentimiento» por dos modestos arquitectos de provincia, que habían sido formados en el ambiente neomedievalista de la incipiente Escuela de Arquitectura de Madrid; fueron tremendamente respetuosos para con todo lo que de interés se había salvado en el arruinado edificio, valorando con indudable buen criterio la eliminación de adiciones desvirtuadoras y perjudiciales para la estética del castillo. La restauración se ha tachado de excesiva, pero no lo fueron menos las coetáneas, tanto de España como de Francia o Inglaterra, y aquí en ningún momento sus autores pecaron de innovación, en todo caso lo hicieron por conservadurismo. En este sentido fueron fieles a la tradición arquitectónica segoviana.

Antonio Bermejo y Arteaga es coetáneo de Odriozola, aunque de vida más corta y producción más reducida en la capital; aparte de su ya mencionada intervención en la reconstrucción del Alcázar, realizó la restauración y acondicionamiento del palacio de Uceda para sede de la Diputación Provincial, y algunos

edificios de nueva planta, de los que es muestra bien expresiva el que se conserva en el Vallejo con vuelta a Doctor Velasco. Para su residencia construyó en la calle de la Estrella, junto a la Casa de los Linajes, un interesante edificio de serevridad clásica, desaparecido hace algunos años, y para cuya construcción se hizo traer la piedra de Sepúlveda, de las canteras del Villar.

A Bermejo sucede como arquitecto de la Diputación y del Obispado Felipe de Sala Blanco, natural de Madrid, pero con vinculaciones familiares en nuestra ciudad, en la que llevó a cabo la restauración de la torre de San Esteban y la no muy afortunada de la Sinagoga del Corpus. En 1908 se traslada a Madrid, siendo reemplazado, como arquitecto provincial y diocesano, por don Benito de Castro Rueda, natural de Serrada, en Valladolid, y que con anterioridad había sido arquitecto municipal en Medina del Campo. Castro permanecerá en el puesto treinta y ocho años, hasta su jubilación en 1945, realizando un buen número de obras en la capital, siendo de destacar la restauración de la casa de los marqueses de Castellanos —el edificio segoviano que más remodelaciones ha sufrido—, acondicionándolo para Instituto Provincial de Higiene. Llevó a cabo igualmente la ordenación del solar de Santa Colomba, junto al Acueducto, la construcción de las casas de Llovet y de don Segundo de Andrés y del convento-asilo de las Hermanitas de los Pobres. Fue miembro de la Comisión Provincial de Monumentos y en varias ocasiones desempeñó la interinidad de arquitecto del Municipio, la primera de ellas a la muerte de Odriozola, en 1913, la segunda en 1921, tras la renuncia de Cabello; y la tercera en 1943, a la muerte de Pagola, con el que construyó la Colonia Varela.

En 1915, dos años después del fallecimiento de Odriozola, es nombrado arquitecto municipal Francisco Javier Cabello y Dodero, quien fuera miembro fundador, profesor de mérito y primer director de la Universidad Popular Segoviana.

Hablar de Cabello en San Quirce es hacerlo en su casa, y

cuanto yo pueda decir sobre él, ante quienes fueron sus compañeros y amigos, os parecerá cuanto menos insuficiente. No obstante no quiero dejar pasar la ocasión de manifestar mi admiración por una de las personas que más contribuyeron en el salvamento y protección de nuestro legado monumental. Si importante fue su actividad como arquitecto-constructor (ahí está su casa Larios en la Plaza Mayor y el teatro Juan Bravo), no menos lo fue su amplia labor de publicista sobre temas relacionados con nuestra arquitectura; pero ambas facetas quedan ensombrecidas ante su actuación como arquitecto-restaurador, pareja a su gestión como Delegado Regio de Bellas Artes y Vocal de la Comisión Provincial de Monumentos. Discípulo de Lampérez y Gómez Moreno, Cabello supo asimilar las teorías sobre restauración monumental imperantes en la Europa de la postguerra y aplicarlas en una ciudad donde el abandono secular amenazaba de destrucción a los monumentos que se habían librado de la demoledora piqueta decimonónica. A él debemos el salvamento del templo que nos cobija y del de la Veracruz, así como la restauración de las iglesias de San Martín, San Millán, San Nicolás, San Juan de los Caballeros, La Trinidad, del monasterio de El Parral, de las Murallas, del Alcázar y de un etcétera de larga enumeración. Sin Cabello, sin Lozoya y sin media docena de nombres más, Segovia no sería hoy el singular conjunto urbano y monumental que es. Cabello será siempre un modelo y un estímulo para cuantos nos dedicamos a la protección y conservación del patrimonio monumental español.

Finalmente, quiero referirme al último de los edificadores segovianos anteriores a nuestra Guerra Civil, el malogrado Manuel Pagola, posiblemente el arquitecto de más talento de este período.

Silvestre Manuel Pagola García nació en Bilbao, el 31 de diciembre de 1894, y, tras cursar estudios de arquitectura en Madrid, ingresó en el Ayuntamiento de nuestra capital en 1923. Su primera obra es quizás la menos afortunada de cuantas hizo, la completación de la Plaza Mayor, en el tramo que se adosa

a la iglesia de San Miguel. Después vendrían la casa de Rebollar, el Colegio Primo de Rivera, la casa de Gila, la de Pedro Torres, el Capitolino, el chalet de Redondo, la casa de Félix Gila en Santa Eulalia, el desaparecido chalet de Sousa, el de Nicomedes García, la casa de la pastelería de Casimiro Fernández, etc., y, finalmente, la Colonia Varela; un conjunto más que estimable de arquitectura racionalista, excepcional para una capital de provincia.

Su actividad fue a veces contestada, ya que, el respeto que mostró frente a la arquitectura antigua, no siempre estuvo a la altura de su capacidad creadora. La prematura muerte, en los momentos en que se iniciaba el proceso de ampliación de la ciudad, nos privó de su valioso concurso en una de las etapas más críticas de la arquitectura segoviana y española en general.

Con esto he llegado al final de mi disertación; un rápido repaso sobre las principales figuras hacedoras de nuestra Segovia, la mayoría de las cuales es completamente desconocida para la población. Si al principio de esta lectura insinuaba la posible dedicación de una calle al anónimo arquitecto del Acueducto, quiero hacer ahora lo propio sobre algunos de los más memorables colegas míos. El Ayuntamiento, que siempre ha sido tan activo para bautizar, desbautizar y rebautizar calles, se ha olvidado sistemáticamente de nuestros arquitectos; tan sólo Odriozola y Escobedo figuran en nuestro callejero, y pienso que otros con más merecimientos para ello, como Guas, Hontañón o Brizuela, debieran estarlo. Al menos sería un primer paso para su conocimiento.

Muchas gracias.